# SIN APUNTES NI GRABACION

Fines de enero de 1964. Los invitados a oir el informe sobre el motivo y los resultados de su viaje a la Unión Soviética que Fidel Castro iba a dar a su pueblo, ocupábamos ya todas las filas de asientos de la sala de emisiones de radio La Habana, Volví la cabeza y al fondo ~~de la sala~~, junto a la puerta de entrada, vi por primera vez al comandante Ernesto "Che" Guevara. Conversaba sonriendo, y riendo, con algunas personas . Cierta timidez y el temor a ser inoportuna me impidieron ~~ceder al impulso de~~ acercarme a saludarlo. Igual que, una hora despues, me petrificaron en el momento en que Fidel Castro, terminada su exposición, pasó lentamente ante mi al salir de la sala. Ni pude tender la mano ni despegar los labios al hallarme en presencia de quien desde un ~~día a~~ 25 horas de fines de 1959 dió a diez y ocho pueblos hermanos la certeza de que su suerte puede cambiar.

Pasados un par de dias, una de mis amigas de la "Casa de las Américas" me avisa por teléfono que el Che quiere verme. ¿Dónde? . "En su oficina" le digo, porque el hotel en que me alojo, de inconmensurable tamaño, marmolería y mal gusto (mandado hacer por George Raft) es el marco menos adecuado para un encuentro que no preví y que ahora al saber que lo tendré me emociona. Tres factores, sin embargo, deberían mitigar mi emoción: El Che es argentino y calo demasiado/a facilmente mis compatriotas; es - me lo recuerda Pepa, mi eterna acompañante, uno de los chicos que treinta años atrás vimos jugando barrilleros y entreverados, en casa de una de sus tías y por último, el heroísmo con armas no ha sido el que mas me ha exaltado. Queda su actitud ante la vida y esta sí importa...

El comandante nos espera de pié en el vano de la puerta de su oficina del Ministerio de Industrias. El cuerpo bien proporcionado en su uniforme color de aceituna se recorta a contraluz. Los lóbulos frontales salientes agregan un leve aire taurino a la cabeza de dios griego, de Zeus debido a la barba juvenil y al pelo corto. Como la voz, el apretón de manos es suave y recio. Nos hace pasar a su despacho y ahí nos dejan solos.

Se sienta frente a mi en el sofá y me pregunta si conozco a su madre. A mi negativa responde:

- Ella la conoce a usted: le oyó una conferencia sobre China que le gustó mucho.

-¿Por qué no me lo dijo?

- Se lo habrá dicho y usted no se acuerda...De esto hacen doce años.

Mientras maldigo mi mala memoria, como él, muy cortesmente, pretende seguir hablando de mí, le advierto que para eso no acabo de hacer un viaje que me llevó casi hasta el polo norte. Sonríe, prende su cigarro, mi cigarrillo, expele



el humo y queda callado. Le digo que por lo visto no tiene mucho que decirme, ni que preguntar: claro abundan en Cuba los argentinos que pueden tenerlo al tanto....

- Con estos argentinos yo no me entiendo - trás breve pausa añade: - Y no sé como piensa usted.

A su circunloquio, respondo con una evasiva:

- Yo tampoco me entiendo con ellos.

- ¿Por qué?

- Son como ~~esas viejas que viven encerradas y un día salen a la calle o como~~ ésos pueblerinos que en la capital desconfían de todo y se sienten perdidos ...No comprenden bien lo que esta pasando aquí.

El comandante sonríe: ya sabe como pienso. Se levanta, va hcia una mesa cubierta de publicaciones y de espaldas me espeta:

- Desde hace cinco años usted está perdiendo el tiempo.

(Cinco años han transcurrido desde la noche de verano, rondada de luciérnagas y sonora de grillos, en que por la radio oí proclamar la victoria que nos señalaba, sin que yo lo advirtiera, un nuevo rumbo a seguir.)

El comandante se vuelve hacia mi y me pregunta si he leido algo de lo que el ha escrito.

- Me gustaría saber que le parece - agrega entregándome un pequeño libro. Al agradecerle Pasajes de la guerra revolucionaria y la dedicatoria, le pregunto cómo debo llamarlo.

- Como quiera, menos doctor.

Han traído café y colocado la bandeja sobre la mesa baja, ante el sofá. El lo sirve con movimientos tan equilibrados y seguros que pienso en la precisión de un cirujano. Pero ni se me ocurriría llamarlo doctor: sé yá que solo podré llamarlo comandante y que por primera vez este término tiene para mi un sentido que trasciende lo militar. Se tambien que a pesar de ser el un muchcha y

de estar en un país donde el usted no se emplea, me será imposible tutearlo. Observo su soltura y recuerdo la amiga que, de vuelta de la Conferencia de Punta del Este me sorprendió al mostrarse sorprendida de los buenos modales del Che Guevara. Para divertirlo se lo cuento.

- No los tengo, dígaselo a su amiga - dice con tono socarrón y trás una breve pausa, en la que se repantiga en el angulo del sofá, agrega ya serio, pensando que el consejo puede serme útil:

- Hay que liberarse del complejo de origen...Yo ya lo he logrado.



- ¿Del de origen o del de clase? De la clase para la cual usted es un traidor.

- Como usted.

Ambos reímos. Hablamos del medio ambiente, de la educación que acondiciona y a propósito le digo que me habían llamado la atención el tono y los argumentos de gran abogado a que había recurrido Fidel Castro en su informe televisivo.

- ¿Usted estuvo la otra noche en Radio Habana? ¿No me vió? - ante mi afirmativa frunce el ceño: - ¿Le parece bien lo que hizo?

- ¿Que hice?

- No mandarme llamar para que fuese a saludarla.

Es un matiz, lo sé: otro, cualquier otro, habría dicho : "no ir a saludarme". Registro el matiz revelador de la calidad de un alma mientras el dialogo en - gira sobre la burguesía de la Isla, particularmente del sector intelectual que ha comprendido la Revolución y se ha integrado a su proceso. De ahí surge el tema del día: la controversia pública entre los que defienden la libertad de expresión y los que creen necesario atenerse al realismo socialista. Como Fidel Castro, él está con los primeros.

- La polémica se suscitó - me explica - ante una tentativa de aplicar la censura a Veridiana, de Buñuel. La oposición a esta medida alegó que el pueblo tiene derecho a ver lo que le guste. Es verdad pero, siendo así, entre Veridiana o un western - que por el moneto no se pasan - el pueblo prefiere el western, yo tambien.

- A mi me gusta un western , si es bueno, y Veridiana

- A Veridiana le tomo mal olor

- ¿No será que con el socialismo se está volviendo puritano?

Enarca las cejas burlón y murmura "los puritanos..." . En seguida me cuenta que cuando el gobierno decidió suprimir la explotación de mujeres, el "raterismo" y la mendicidad, a uno de los funcionarios encargado de hacer cumplir las nuevas disposiciones no se le ocurrió nada mejor que ir una media noche en un camión, detenerlo en medio de una plaza circundada por pequeñas casitas, especies de motels que las parejas alquilan por horas,y ponerse a vociferar por los altoparlantes:"¡Basta de vicio!", "¡Respeten la moralidad!", "¡Vuelvan a sus hogares!", "¡Salgan de ahí, pecadores!"... Por supuesto nadie salió.

- Ese funcionario fué destituido - agregó el comandante.

-¿Por ineficaz?

- Por mal psicólogo.



Sin salirse del tema, y como yo estoy en La Habana invitada para ser jurado en un concurso literario, comenta que las novelas que tratan sobre la reciente revolución, ademas de ser falsas y estereotipadas, tienen una tendencia a la moraleja que hace pasar por alto hechos dignos de ser narrados.

* A ver que le parece este: cuando entramos a La Habana los guerrilleros serranos, que nunca habían estado en pueblo grande, fueron recibidos, arrebatados, mas bien, de camiones y filas, por mujeres jóvenes, con vestidos límpios y bien planchados, maquilladas, perfumadas, los brazos tintineantes de pulseras. Cada una se llevó consigo a un guajiro que ignoraba todo de la vida de una ciudad. Le dió buena comida, canciones, caricias y una noche de amor. A la mañana siguiente los serranos querían casarse en seguida con esas mujeres espléndidas que se habían enamorado de ellos...Le regalo este relato: escríbalo usted...No, a mi me falta tiempo. Si escribo tiene que ser sobre táctica de la lucha...

(Pienso que para relatar de manera vívida ese episodio de los totalmente inocentes tendría que saber la hora en que llegaron a La Habana - en aquellos

días medio casino, medio próstibulo; que luz de sol o artificial iluminaba las calles cuyo nombre ignoro y, sobre todo, conocer bien los modismos del habla popular.)

El prosigue hablando de los campesinos, sus compañeros de lucha en las sierra y en el llano. De la natural desconfianza con que, al comienzo, recibían a los desconocidos uniformados y armados; de como, poco a poco, iban comprendiendo y prestaban su ayuda y, muchos, se incorporaban a la guerrilla. El comandante relata con calma, evoca con ternura, siempre dando primacía a las reacciones humanas, nunca poniéndose en primer lugar, recurriendo, de tanto en tanto al matiz risueño que pone una chispita de malicia entre sus párpados entrecerrados. Sólo mediante un detalle oportuno, recor-



cordado al pasar, reacalca lo que significaba tener por jefe a un hombre como Fidel Castro, todo sin el menor asomo de énfasis o de retórica. Al narrar la lucha convence mas que los que tratan de persuadir con argumentos teóricos sobre la finalidad de esa lucha. Y porque se atiene a hechos concretos y a sus propias experiencias con una llaneza que podría parecer despego si no se sintiera la fervor contenido, como rescoldo de l voy descubriendo en él, deslumbrada, al antifigurón que redime a una tierra infectada de figurones. Lo pienso mientras él habla: decírselo no podría: todo elogio, por sincero e indirecto que fuera, sonaría a frase hecha si dicho a quien no emplea ni una. Se lo hago indirectamente a propósito de Fidel a quien, la antevíspera,

vi en un documental sobre el salvataje en las zonas inundadas a consecuencia del ciclón, volando bajo en un helicoptero sobre remolinos y corrientadas o metiéndose al agua para salvar a alguien. Le pregunto qué derecho tiene a exponer así su vida un hombre tan necesario.

- El de exponerse demasiado/es un reproche que muchas veces le han hecho a Fidel, pero si en momentos álgidos un jefe no está presente, si por cautela o táctica se mantiene apartado, u oculto, cuando los demás se exponen, la gente le pierde fé, deja de seguirlo - explica el comandante que añade con pasmosa naturalidad: - Sea donde fuere, un revolucionario debe estar dispuesto a morir al instante. - Recapacita con los ojos entornados y , como si para está me hubiese llamado, pregunta:- ¿Usted cree que América Latina podrá liberarse sin insurrección armada?

Niego con la cabeza y me siento súbitamente oprimida: la violencia, que imagino con todo detalle, me horripila pero, lo sé, lo he sabido desde antes de tener clara conciencia de ello, otra violencia que por solapada es mas cruel, le es impuesta diariamente a una inerme mayoría. Se trata de poner término con la violencia ocasional a la violencia crónica. No necesito formular al comandante mi fugaz pensamiento: la idea de la gran redención está latente trás todas sus palabras; sus milagrosamente sencillas palabras.

Le expongo mis dudas en cuanto a la posibilidad de que lucha insurreccional pueda librarse con éxito en otras regiones. Refuta, explica: está decidido. Ante su decisión callo mi último argumento: que para que la insurrección triunfe, la desesperación del pueblo tiene que ser encausada por un hombre con la integridad moral suya. ¿Entre nosotros, y en el resto del mundo hay muchos como él? Sé que no. Lo sé porque me ha bastado esa hora de conversación con él - y no sólo sobre temas trascendentales - para tener la seguridad que en ese instante tengo: la de que de todas las personas, y llamadas personalidades, que he tenido oportunidad de tratar en mi larga y viajada vida, en ninguna se complementaban, como en él, y con tal equilibrio y armonía, la inteligencia, el corazón y el carácter.

Una hora despues, con esta impresión me despido del comandante.

Y bajo esa impresión recorro gran parte de la Isla que él ha ayudado a liberar. Todo lleva el sello de la juventud valiente y abnegada que la convirtió en un territorio habitado por seres que se sienten responsables de su destino y artífices de un socialismo con características nacionales. Veo los resultados, casi mágicos, de la campaña de alfabetización. Veo los rostros con luz de alegría de los que se sienten dueños de la tierra y la hacen producir. Veo las casitas flamantes que van reemplazando a los bohios de estacas y paja. Veo universidades sonoras de risas, discusiones e inesperados pareceres. Veo fábricas y talleres en que predomina similar desenvoltura. Veo el futuro tomando cuerpo en siempre modificable y perfectible construcción. Veo las sierras matrcices de cuanto veo y la costa cenagosa en que desembarcaron del Gramma los iluminados por la fé, de que algo, no todo de esto que veo, sería posible.

Y todo esto - necesito repetírmelo - es fruto de una inicial violencia. Del desarrapado o el intelectual con fusil al hombro. De los que por ser humanos y mas que humanos tendrían en adelante por enemigo a los pentagónicos y pentagonizados supermen servidores de los inhumanos consorcios internacionales,. Alerta y en la brecha, siguen estando en Cuba, los nuevos titanes de uniforme verde oliva y barbas crecidas en las sierras. La paz, continuamente amenazada, no les permite descanso. Quizá una comodidad relativa...

... Estoy trabajando en "Casa de las Américas". Oficina de por medio suena el teléfono. Una de mis compañeras lo atiende y despues oigo que en el cuarto vecino le explica a otra: "Llama el Che...Aleida ( su mujer ) ha debido marcharse a ver a su padre enfermo...Los otros tres niños estan en la escuela y la persona que los atiende tiene hoy servicio civil. El ha tenido que llevar ~~consigo a la~~ a su oficina a la niñita. Dice que entre él y el escolta pueden pasearla para que duerma, darle la leche pero que no saben mudarle los pañales...Pregunta si alguna de nosotras podría ir a ayudarlo...¿Qué dices tu?"

Quedé pensando en el problema que el comandante era incapaz de resolver y preguntándome si otro argentino se habría puesto en el caso de tener que re-

solverlo y mas aún si habría confesado estar en ese trance. Posiblemente tampoco un cubano, ni otro latinoamericano. Pero si, en cualquier latitud, el hombre a quien el sacrificio hecho por amor a los demás ha liberado de toda inhibición, de todo prejuicio, de toda vanidad permitiéndole ser final y esencialmente auténtico.

Transcurridas unas semanas y yá proxima a mi partida, el Comandante va a visitarme al hotel. A un hotel mas central y menos ofensivamente espectacular que el anterior. Previamente debo convenir con Pepa qué hará ella durante la visita: no le interesa "el blá- blá sobre el mismo tema" (la política), no quiere esperar en el vestíbulo de entrada donde el vaivén aturde y menos en el balcón terraza porque esa noche sopla una brisa fría. Me convence de que lo mejor es que se tienda en su cama y duerma un buen sueño ( el blá-blá ya otras veces ha actuado sobre ella como canción de cuna). No, ni la luz del escritorio ni la de la mesa encuadrada en el rincón donde las dos cabeceras forman ángulo, le impediran dormir. Deja abierta la puerta que dá al corredor. Cuando llega el Comandante me llevo el índice a los labios: desde hace un cuarto de hora Pepa duerme a todo dormir. Le explicó lo del "blá-blá" y le hago notar algo que para él debe ser totalmente insólito: la persona que prefiere dormir a escucharlo o que no es toda ojos a su presencia. Mira a la durmiente enternecido y me cuenta que él tambien tiene una gallega que lo cuidó de chico y de la pena que le ~~dió~~ tuvo por que ella no ~~pudiera~~ pudo ir a verlo ~~cuando estuvo en~~ a Punta del Este.

Se sienta a los piés de mi diván-cama, y como el teléfono sobre la mesa de luz está fuera de mi alcance, le pido que llame para que nos suban café.

- Necesita tomar café...¿para qué?

-¿Quien se opone? ¿El Ministro de Industrias o el que teme engordar?...No tomé el que me corresponde despues de la comida para tomarlo con usted.

Pide el café y mientras lo esperámos le digo que he leído su libro y que me recordó, por su estilo, al Lucio V. Mansilla de <u>La excursión a los indios ranqueles</u>.

- El estilo llano y fluido del hijo de terrateniente que ha leído los clásicos - aggego.

- De terrateniente mi viejo no tiene nada - responde sonriente y sé que mi juicio le ha caído bien.

Llega el camarero con el café. Al ver quien está ahí, se trasparenta en su cara un asombro deslumbrado y se demora más de lo debido en sacar de so-



bre la mesa baja los libros y los papeles que impiden posar la bandeja. Le cuesta retirarse y le intriga ver una persona dormida. Por fín se va.

El comandante me relata episodios no incluídos en sus Pasajes de la Guerra Revolucionaria y aunque en ese libro se refiere mucho a Camilo Cienfuegos, vuelve a referirse a él con trémula ternura e ilimitada admiración.

- Tan lindo el sastrecito - exclama en voz amortiguada y emplenado, como el gaucho, la palabra "lindo" para designar todas las excelencias.

Tambien como los paisanos criollos sabe eludir la respuesta que le molesta dar. Lo advierto a propósito de algo que me cuenta momentos mas tarde:

- En Nueva York, cuando fuí a la Asamblea de las Naciones Unidas, recibí invitación para un cocktal que daba una Rockefeller. "Quieren ver al monstruo" me dijo y decidí no ir, pero a media tarde, en el hotel, me pregunté si valía la pena dejar de ver mujeres lindas y de comer cosas ricas por lo que pudiera o no pensar una persona que ni conocía. Fuí y...

- ¿Qué pasó cuando llegó el monstruo? - lo interrumpí.

- No bien entré , desde el otro extremó del salón una muchacha me gritó "Hola, Ernestito" saludándome con la mano...¿Usted sabe quien era la Cockie?

- La norteamericana que durante la guerra dirigió el I.C.A.N.A. en Córdoba...Pero ¿como fué su llegada?

- Creí soñar: la Cokie estaba mas joven que hacia veinte años cuando se volvió a Nueva York.

- ¿Y las otras? ¿Las que esperaban al monstruo?

- Me acercqué a ella que, ante mi parplejidad, dijo riendo"Claro , no me reconocés. Como yo tenía ocho años menos que vos, no me tomabas en cuenta. Soy la hija de Cockie"!

-¿Me va a decir o no qué impresión causó su llegada?

- Es medio cordobesa la muchacha: su padre era un Moyano...

Inútil. Me doy por vencida. Ha fallado el test que me habría permitido saber si tiene conciencia de su físico ese hombre no solo moralmen-

te de extraordinaria belleza. A la vez siento un extraño halago de que me hable de cosas agenas a los "asuntos serios"; de que se solace saltando, por momentos, de un tema a otro. Sospecho que esta oportunidad no ha de presentársele a menudo, además, y justamente en los momentos que otros llamarían de charla insustancial surgen matices que me permiten completar su fascinante personalidad.

Me pregunta - sin especial añoranza - por amigos de su infancia que yo conozco y de ahí pasamos a hablar de la situación en nuestra tierra natal.



Nos sumergimos en el tema de nunca acabar. Si algo nos desvía volvemos a él, con pasión, con dolor, con angustia. Tanto, tanto que de pronto, golpeandose con la palma una rodilla, él me pide:

- Bueno, basta: no hablemos más de la Argentina.

- ¿Por qué, si usted la quiere mucho?

- Por eso mismo. - exclama, recapacita y me advierte para contrarrestar el impulso emocional:- Pero me siento mas cordobés que porteño.

Lo comprendo: la patria chica es el lugar en que ha transcurrido nuestra niñez y la otra, la grande, sobrepasa para él medio continente. Conoce a fondo los problemas de cada país latinoamericano y me explica, basándose en su experiencia cubana, lo dificil que suele sér la solución de esos problemas y cómo al solucionarse practicamente uno surgen otros, imprevistos, que es preciso resolver a tambor batiente. Me dá pormenores, siempre sacando de la experiencia conclusiones útiles pero sin caer en el tono doctoral ( de nada está más lejos a pesar de ser argentino). Al contrario: por momentos parece estar solo, pensando en voz alta; otros, su voz adquiere el timbre en sordina del que participa el descubrimiento de un tesoro. Así me dice:

- Trás lo escrito por Marx siento la misma vibración que en Baudelaire.

A propósito de Marx - generalmente parcialmente leído, mal asimilado y citado con frecuente mala fé - le pregunté si no ha llegado el momento de rehabilitar ciertos conceptos olvidados, que no entran en la terminología marxista, o menospreciados o distorsionados, tales como el de la dignidad, el honor, la bondad, la compasión. El me responde que hay que quitarles el polvo que ocultaba su verdadero significado y adecuarlos al cambio de actitud ante la vida. Siempre en esta línea de pensamiento, y particularmente pes-

pecto a la dignidad y compasión, vuelve a comentarme con gracia sutil los resultados negativos de la aplicación de ciertas medidas de moralización compulsiva con las cuales no estaba de acuerdo y que, en consecuencia, le repugnaba hacer cumplir.

- Si...ya sé que ha mandado fusilar - murmuro en respuesta a una entre pregunta y afirmación que le costó formular.

- Bueno, créame, puede ser menos dificil que hacer vigilar o perseguir por razones que sólo atañen a la vida privada - afirma y completa su pensamiento imitando con la mano el sinuoso deslizamiento de un reptil.

Acostumbrada a la dureza de los que se creen únicos poseedores de la verdad y pontifícios custodios de la virtud (de los otros), la comprensión, la generosidad y la extrema sensibilidad de este hombre austero y sacrificado me deja absorta. Es el primer revolucionario (¿Habre conocido otros?) que



confirma mi sospecha, o mas bien alienta mi anhelo, de que la Revolución echará raices mas hondas cuando al, por ahora, imprescindible marxismo lo complemente un nuevo humanismo. La dimensión humanista y la marxista se dan en el comandante Che Guevara. Y esta integridad hace aún mas convincentes sus argumentos contra la implantación en los países socialistas del incentivo material. Despues de explayarse largamente sobre el problema que, en ese momento, mas lo preocupa, concluye:

- Si la ganancia es el premio al trabajo, el hombre no saldrá de la enajenación; si el lucro es la finalidad del esfuerzo, el capitalismo seguirá aventajándonos. No se producirá el imprescindible cambio de conciencia ni se adquirirá el sentido de la responsabilidad necesarios para que surja el hombre nuevo...

Lo oigo y me pregunto si no se adelanta a la historia; si la humanidad está preparada a seguir a los como él, en quien estoy viendo el primer hombre del fututo que, según lo prevée Teilhard de Chardin (basándose en datos exclusivamente científicos) alcanzará su plenitud individual, será mas él mismo en la medida en que se socialice. El ser que olvidado de su yo y por lo tanto inmune a halagos y honores...

- Mire, no soy para ser ni el mas alto funcionario en el mas revolucio-

nario de los gobiernos: soy para tirar tiros donde se luche contra el impe - rialismo. - dice el comandante como respondiendo a mi pensamiento.

Se que no lo dice en vano. Lo único que me falta saber es cuando lo hará , pero presiento que no tardará en hacerlo. La decisión está tomda y como no ignoro lo que implica, para no ceder al enternecimiento le pregunto:

- ¿Que quiere, comandante, que yo tambien vaya a las sierras?

- Usted siga siendo como hasta ahora, pero con cautela - me aconseja le - vantándose del asiento en el que, como le es habitual, se había repantigado.

He estado con él mas de cuatro horas. Horas en mi primera impresión se ha confirmado con creces: la impresión de estar en presencia del ser con mayor talla moral y grandeza de alma que jamás he conocido. ¿Qué puedo darle yo en cambio de esos dones que, de ser creyente, llamaría del Cielo pero que se deben a una inconmovible y contagiosa fé en el hombre? Nada puedo darle. Nada salvo decirle - en el abrazo y beso de despedida - lo que nunca a nadie me sentido impulsada a decir: que desearía ser su madre.

- Ser mi madre ha de ser bien duro - murmura, al salir.

Desde el corredor me saluda con la mano.

Despierto a Pepa. Se incorpora, parpadeando, y pregunta:

- ¿Así que no llegó la visita?

Le señalo el reloj. Lo mira, refunfuña y se levanta a cerrar la puerta. Apenas lo ha hecho, golpean: el escolta viene a buscar la boina que el comandante dejó olvidada.

María Rosa Oliver

***

Buenos Aires. Octubre 1968